



La Reforma Radical

Actualidad del mensaje y la praxis de la no-violencia anabaptista para la Iglesia Evangélica en el País Vasco

Juan F. Muela

Eirene

<http://eirene.iglesiasantutxu.org/Eirene>
correo electrónico: eireneboletin@gmail.com



Consejo de Redacción

Lidia Rodríguez
Juan F. Muela
Fernando Ramos

Introducción

El título de esta serie de artículos puede resultar algo rimbombante pero cada una de sus palabras está elegida con intención. No se pretende canonizar, glorificar o idealizar ni tiempos ni personas pero sí recordar, honrar y rendir homenaje a los que nos precedieron en la fe, rescatando su memoria y su ejemplo, para nosotros como iglesia, hoy y aquí.

Cuando se piensa en la Reforma Protestante, siempre se acaba hablando de **Lutero**, de **Calvino** o de otros personajes importantes dejando de lado a otros cristianos mucho más humildes y anónimos, a los grandes olvidados de aquel periodo apasionante y convulso de la Historia, que fue la Reforma, aquellos cuya memoria realmente necesita ser rescatada del olvido. Hermanos nuestros cuyo nombre casi ni nos suena y que los libros de Historia suelen ignorar o mencionar muy de pasada. Mi propósito no es proporcionar datos sobre eventos lejanos sino que entendamos las raíces de los compromisos que muchas veces llevaron a estos hombres y mujeres sencillos a entregar su vida por la nueva visión que estaban adquiriendo a través de la recuperación de la lectura bíblica. El valor de estos cristianos de antaño debe estimular nuestra fe y animarnos a crecer en sabiduría, obediencia a Dios y sumisión a la voluntad de su Santo Espíritu.

Me estoy refiriendo a aquellos que, con más o menos conexión entre sí, formaron un movimiento que supuso una auténtica segunda oleada en la evolución de la Reforma. Un movimiento que fue llamado anabautismo o, más

“Ahora todos quieren salvarse mediante una fe superficial sin los frutos de la fe, sin el bautismo de la prueba y la tribulación, sin amor ni esperanza y sin prácticas verdaderamente cristianas” (Konrad Grebel)

correctamente, **anabaptismo**. De ellos y de su influencia, hablaremos. Hombres y mujeres que fueron considerados los parias de la Reforma, perseguidos, por todos, católicos, luteranos y reformados y que, aunque limitados y contradictorios como todo ser humano, pero fieles a sus convicciones, en una época caracterizada por prácticas violentas, habitualmente, sólo se defendieron con el ejemplo y la palabra o huyendo a lugares donde no le pudiera alcanzar la ira de sus adversarios.

De una forma humilde y silenciosa, la Historia o, más concretamente, nuestra Historia confirmó muchas veces sus intuiciones profundamente evangélicas. Sus prácticas y doctrinas principales han influido poderosamente en la configuración final del mosaico que constituye el protestantismo actual. Su marcada influencia está presente hoy, de modo evidente, en más del 70 % de los grupos que constituyen, numéricamente, el núcleo del protestantismo contemporáneo (bautistas, pentecostales, metodistas, las llamadas iglesias libres, en definitiva...)...aunque muchos de sus miembros actuales ni lo sospechen siquiera.

Tortura de una anabaptista. Grabado de Jan Luyken



Breve historia de la Reforma Anabaptista

La Reforma propugnada por **Lutero** y **Zwinglio** ponía en cuestión muchas de las prácticas y enseñanzas de la Iglesia tradicional pero aceptaba sin demasiadas dificultades buena parte de la práctica y la doctrina medieval del Estado y la autoridad. Era inevitable, sin embargo, que la búsqueda de un cristianismo pretendidamente original y puramente escriturario llevase a algunos a afirmar que las relaciones entre la Iglesia y el Imperio Romano durante los dos primeros siglos del cristianismo tenían un valor normativo, que la Iglesia no ha de aliarse a ningún gobierno, que la verdadera Iglesia, por el hecho de serlo, ya está invitando a la persecución, y que la supuesta conversión de Constantino no fue sino el inicio de una gran apostasía, progresivamente agravada por el paso de los siglos, que señaló el fin del cristianismo primitivo.

En medio de estas reflexiones, empezó a gestarse, en círculos zwinglianos esa segunda oleada de la

Reforma, la que se ha dado en llamar **Reforma Radical**. Hombres como **Grebel, Stumpf, Blaurock, Reublin y Manz** formaban parte de ellos. Cuando, por fin, resultó evidente que **Zwinglio** no cumpliría sus expectativas siguiendo el camino que ellos propugnaban, algunos de sus antiguos discípulos decidieron reedificar ellos mismos, con pretensiones de autenticidad, una renovada comunidad de creyentes. Con todo, el movimiento anabaptista vio la luz en diversos focos sin conexión inicial directa entre sí, y aunque el núcleo central más importante surgiera, en Zurich no parece haber relación histórica alguna entre el grupo de esta ciudad y, al menos otros dos, que surgieron al parecer independientemente el uno del otro en **Augsburgo** y en el **Valle del Po**.

Según estos nuevos grupos emergentes **Zwinglio** y **Lutero** olvidaban que en el Nuevo Testamento hay un contraste marcado entre la Iglesia y la sociedad que la rodeaba. Por tanto, la reforma iniciada por Lutero debía ir más lejos si quería ser verdaderamente obediente al mandato bíblico. La Iglesia no debía confundirse con el resto de la sociedad. Y la diferencia fundamental entre ambas es que, mientras se pertenece a una sociedad por el mero hecho de nacer en ella y sin hacer decisión alguna al respecto, para ser parte de la iglesia hay que hacer una decisión personal, voluntaria y consciente. La Iglesia es una comunidad voluntaria y no una sociedad dentro de la cual fatal e inevitablemente, nacemos. La consecuencia inmediata de todo esto es que el bautismo de infantes ha de ser rechazado porque da a entender que se es cristiano sencillamente por haber nacido en una sociedad supuestamente cristiana pero tal entendimiento oculta la verdadera naturaleza de la fe cristiana que requiere una toma de decisión propia e intransferible.

Además muchos de estos reformadores más radicales sostenían que la fe cristiana era, en su esencia misma, pacifista. El Sermón del Monte debía de ser obedecido al pie de la letra y sin componendas ni domesticaciones, a pesar de las muchas objeciones que sobre su imposibilidad de aplicación se pudieran argüir, pues tales objeciones tenían su origen en la falta de fe. Según ellos comprendían, los cristianos no han de tomar las armas para defenderse a sí mismos, ni para defender a su patria terrenal, aun cuando sea amenazada por los infieles. Como era de esperarse estas ideas no fueron bien recibidas en

Martin Lutero



el Imperio Germánico, siempre bajo la amenaza turca, ni tampoco en **Zurich** donde la fe protestante era defendida desesperadamente con las armas frente a la presión de los ejércitos episcopales.

Pero sus ideas se extendían con el nacimiento de una amplia variedad de movimientos que comenzaron a surgir inmediatamente después del comienzo de la reforma luterana. No se trataba en realidad de un nuevo fenómeno sino más bien de la continuación de una larga tradición medieval. Los **valdenses**, los primeros **franciscanos**, los **fratricelli** y una multitud de movimientos semejantes habían encarnado el descontento de muchos, especialmente en lo que se refería a las relaciones entre la vida cristiana y los poderes políticos y sociales. Por lo tanto no ha de sorprendernos que durante el siglo XVI, y especialmente en los territorios donde se expandía el protestantismo, al cuestionarse y ponerse en tela de juicio todos los patrones de autoridad seculares, tales movimientos se multiplicasen..

Durante las primeras etapas de la reforma Lutero y sus seguidores habían tenido que enfrentarse al extremismo de **Karlstadt**, colega del propio Lutero en **Wittenberg**, quien creía que Lutero no había sido lo suficientemente valiente para llevar a sus últimas consecuencias su propio pensamiento. Aprovechó la coyuntura del exilio de Lutero en **Wartburg** para llevar la reforma en Wittenberg por caminos más radicales. En **Zwickau** surgió un movimiento carismático cuyos “profetas” decían que la Biblia no era ya necesaria cuando se tenía el Espíritu. Aunque Lutero pudo eliminar tales opiniones y posiciones de Wittenberg, continuaron expandiéndose en

otras partes de Alemania. Así, en **1524** los campesinos se sublevaron, rebelión que era, en cierto modo la continuación de una larga tradición de rebeliones del campesinado. En esta ocasión el movimiento llevó a la insurrección general y a la represión sangrienta. **Thomas Müntzer**, su principal líder carismático – carismático en sus dos sentidos-, había sido un entusiasta seguidor de las doctrinas de Lutero que ahora no se recataba de acusarle de tibieza y traición. Aunque Lutero reprendió y luego repudió públicamente y por escrito a Müntzer muchos creían que había una relación entre el reformador y la rebelión campesina. Para acabar con toda duda; Lutero, tras no ser escuchado en su alocución a los campesinos amonestó a los príncipes alemanes a aplastar violentamente la rebelión (por mucho que les exhortara a mostrar misericordia para con los campesinos vencidos) en lo que, seguramente, fue su acción más torpe y de más sombrías consecuencias pues llevó al declive de su atracción entre las clases menos favorecidas de Alemania y marcó seguramente un punto de inflexión en la expansión de la Reforma en Alemania.

Para muchos Lutero dejó de ser el héroe popular que había sido para convertirse en un implacable aliado de los poderosos. Este y otros episodios convencieron a muchos de entre los más radicales de que la reforma de Lutero se había quedado a medias, mientras que los más conservadores quedaron aún más convencidos de que Lutero y sus seguidores habían abierto una caja de Pandora ante la que ellos mismos se veían ahora impotentes cuando querían cerrarla.

Aún así, al menos de modo consciente, no todos los reformadores radicales, ni mucho menos, eran revolucionarios políticos. Ese fue el cuadro trazado por sus adversarios para desacreditar a un movimiento que les cuestionaba a todos y que consideraban molesto y peligroso. Para trazar tal cuadro, señalaron repetidamente a un puñado de extremistas de entre ellos y dieron a entender que tales actitudes eran típicas de todo el movimiento. Por lo tanto a fin de resituar este cuadro erróneo tan extendido, debemos distinguir entre los primeros dirigentes del movimiento –la mayoría de ellos pacifistas- el ala extremista que surgió bajo la presión de la persecución, y la forma final del movimiento tal y como por fin logró subsistir, recuperando su celo por la práctica de esa no-violencia que, consideraban, nunca debió ser abandonada. Aún más, también es justo distinguir entre esas personas, cuya autoridad final era la Biblia y otras cuyas aseveraciones y prácticas excéntricas y autoritarias se basaban en pretendidas revelaciones del Espíritu adobadas con un espíritu milenarista y catastrofista.

Grabado de Thomas Müntzer



Los primeros anabaptistas

Aunque sus adversarios siempre trataron de relacionar al movimiento anabaptista con los profetas de **Zwickau** y con **Thomas Müntzer**, lo cierto es que, según parece, el movimiento anabaptista vio la luz en diversos focos sin conexión inicial directa entre sí. Aunque el núcleo central más importante surgiera, como vimos, en **Zurich** no parece haber relación histórica alguna entre el grupo de esta ciudad y, al menos otros dos, que surgieron al parecer independientemente el uno del otro en **Augsburgo** y en el **Valle del Po**.

El principal dirigente del grupo de **Augsburgo** sería **Hans Denk**, quien parece haber recibido la influencia inicial tanto de Lutero como de los místicos de las riberas del Rin. Aunque su discípulo principal, Hans Hut, había sido anteriormente seguidor de Müntzer no parece las enseñanzas de aquel le hayan afectado más allá que en cuanto le dieron una profunda preocupación por la justicia social. En el Valle del Po y sus alrededores surgiría un grupo semejante bajo la dirección de **Camilo Renato**. Este grupo, cuyas doctrinas se acercaban bastante más a las de **Miguel Servet**, no sólo negaba el bautismo de niños sino también las doctrinas tradicionales de la Trinidad y de la inmortalidad del alma.

Pero fue en Zurich, en círculos zwinglianos, como dijimos -donde algunos que pensaban que Zwinglio era demasiado moderado y cauteloso en su teología y en su praxis- el lugar en el que el movimiento cristalizó de modo evidente. Algunos de estos primeros anabaptistas eran naturales de

Zurich y otros eran exiliados que habían ido a buscar refugio a esa ciudad por parecerles que la Reforma progresaba en ella. Había allí un grupo de simpatizantes de la reforma, asiduos lectores de la Biblia y varios de ellos ilustrados que instaban a Zwinglio a tomar medidas más radicales de reforma.

Se preguntaron qué es lo que le había pasado a la Iglesia para llegar al estado de corrupción y alienación al que había llegado y donde cualquier parecido con el movimiento que inició Jesús en Galilea era mera coincidencia. Y revisando la Historia hacia muy atrás, hacia la infancia de la iglesia “descubrieron” lo que llamaron el giro constantiniano. La Iglesia pasó, en el siglo IV, tras Constantino –y sobre todo cuando en el 380 Teodosio designó al cristianismo como religión oficial del Estado- y en muy poco tiempo, de ser un movimiento minoritario, voluntario y, a menudo martirial, por el Reino de Dios a ser parte beneficiaria y poco después propietaria del poder del Estado. De ser perseguida pasó a ser perseguidora, de humilde a prepotente, de clandestina a intolerante, de predicar con el amor y la humildad a predicar con la coacción y la violencia. De ser víctima de la fuerza a ser su usuaria habitual. Y ahí empezó a cambiar todo hasta domesticar, masificar y desfigurar completamente el mensaje del Evangelio. Hasta crear un aparato eclesial monstruoso plagado de intereses y ambiciones de poder que imponía su ley a todos por las buenas o por las malas y que nada tenía ya que ver con lo que quiso Jesús.

Detalle del monumento a Thomas Muntzer en Stolberg(Harz) en el estado de Sajonia (Alemania)



Así, pues, llegados a este punto, después de 10 siglos de nada servía reformar aspectos doctrinales u organizativos en la iglesia si no se empezaba por el principio. Ellos leyeron la Biblia, sobre todo el Evangelio, en pequeñas comunidades, y llegaron a la conclusión de que la Iglesia se hallaba tan corrupta e irreconocible y en un proceso de degeneración tal que, de nada serviría poner parches y hacer reformas parciales. Había que cuestionar y revisar los cimientos, preguntarse cuando y donde empezó a cambiar, a torcerse todo y preguntarse qué es lo que lo provocó y cómo detenerlo, cómo volver a la situación de antes. Y lo hicieron desde una perspectiva sincera y radical no exenta, claro está, de ingenuidad e idealismo e, incluso en ocasiones, de fanatismo.

¿Y cómo empezó todo? Cuando se hizo interesante ser cristiano para vivir sin problemas. Cuando ser cristiano pasó de ser algo que le marcaba a uno con la cruz de Cristo a ser requisito para poder llegar a ser algo en la vida. Con ficticias conversiones masivas que acabaron convirtiendo el bautismo en una forma oficial de entrar todos en la Iglesia ya desde el nacimiento. La Iglesia se convirtió en la administradora de gran parte de la burocracia del Estado y, en muy poco tiempo el bautismo pasó a ser la forma de incorporación a la ciudadanía. El bautismo se pervirtió de tal manera que se nacía cristiano o se era un marginado social. Ser cristiano era requisito para ser ciudadano honorable. Y ante esos hechos constatados proclamaron algo tan evidente como que no se puede ser cristiano si uno no pide serlo de modo voluntario tras entender lo que pide. Sólo se comienza por el principio: El principio es el individuo, ni la Iglesia ni ninguna otra mediación pueden sustituir al ser humano en esas decisiones trascendentales que le vinculan a Dios. Y eso, sin dejar de ser fuertemente comunitaristas.

Creían que la Reforma debía purificar, no sólo la Teología, sino también las vidas diarias de los cristianos, especialmente lo referido a sus relaciones sociales y políticas. Por lo tanto, la Iglesia no debería recibir el apoyo del estado ni mediante diezmos ni impuestos ni, menos aún, mediante el uso de la espada. Sus ministros debían ser elegidos por las congregaciones locales y no por el estado y sus sostenimiento debería depender de las ofrendas voluntarias de sus miembros. El cristianismo era una cuestión de convicción personal, y por tanto los infantes no debían de ser bautizados puesto que no podían llegar a tal convicción. Lo que hace que una persona tenga fe no es la predestinación (idea que consideraban una abominación que culpabilizaba al propio Dios). Puesto que Dios es buen no puede hacerse de ningún modo responsable de mal alguno. Es el ser humano en su rebelión contra Dios el que crea el Mal que es básicamente la tendencia del ser humano de buscar su propio bien sin entregarse a Dios (ungelassenheit). Entregarse (gelassenheit) es característica de la voluntad de Dios mismo y es precisamente porque se entrega a la voluntad humana y no la viola que Dios nos permite continuar existiendo tal y cual somos. En Cristo y en sus sufrimientos se manifiesta claramente cómo Dios se entrega a sí mismo. Así, el comienzo de la fe proviene de la escucha de la Palabra pero a esto ha de seguir la conversión en la que el ser humano abandona su pecado y su egoísmo y se entrega a Dios.

Por otro lado, las ceremonias cristianas debían ser sencillas y carentes de toda pompa y ritualismo debiendo seguir al pie de la letra las prácticas neotestamentarias. La acción central debería ser la lectura y exposición de la Palabra siendo bautismo y Santa Cena símbolos de realidades internas en las que se expresaba la

La venta de indulgencias por parte de la Iglesia Católica Romana fue uno de los detonantes de la Reforma Protestante que produjo fuertes cambios estructurales en Europa



comuni3n de los cristianos entre s3 y con Cristo. Por otro lado la disciplina interna de los grupos se tornaba cada vez m3s estricta hasta convertirse en caracter3stica habitual el rigorismo que les caracterizaba.

Ha de a3adirse aqu3 que estos c3rculos originarios que gustaban de llamarse a s3 mismos “hermanos”, en principio, simplemente negaban el valor del bautismo de infantes pero a3n no rebautizaban a quienes hab3an sido bautizados durante su ni3ez. Sosten3an, eso s3, que se deb3a fundar una congregaci3n o grupo de verdaderos creyentes en contraste con quienes se dec3an cristianos por el mero hecho de haber nacido en un pa3s supuestamente cristiano y haber sido bautizados de ni3os.

Cuando, por fin, result3 evidente que Zwinglio no cumplir3a sus expectativas siguiendo el camino que ellos propugnaban, algunos de los “hermanos” decidieron fundar ellos mismos esa comunidad de verdaderos creyentes. El paso decisivo fue dado el 21 de enero de 1525, cuando el sacerdote exiliado **J3rgen Blaurock**, como se3al de que no habr3a marcha atr3s, pidi3 a otro de los “hermanos”, **Konrad Grebel** (1498-1526), que le bautizase. Grebel lo hizo e inmediatamente Blaurock se dedic3 a bautizar a otros miembros de la comunidad. Aquel primer bautismo no fue todav3a por inmersi3n –como lo ser3a poco despu3s– pues lo que preocupaba a Blaurock, Grebel y a los dem3s no era tanto la

forma en que se administraba el rito sino la necesidad de que la persona tuviera fe y la confesara antes de ser bautizada.

Puesto que todas estas personas, nacidas en un contexto cristiano, ya hab3an sido bautizadas, los adversarios del movimiento les dieron el nombre de **anabaptistas**, esto es, “**rebautizadores**”. Esto no era del todo exacto, ya que lo que los supuestos rebautizadores dec3an no era que fuese necesario bautizarse de nuevo, sino que el primer bautismo no era v3lido (por no responder en absoluto a lo que 3ste significaba y simbolizaba en verdad) y que, por tanto el que se recib3a despu3s de confesar era el primero y el 3nico y considerado la 3nica forma v3lida de bautismo. M3s inexacto es el nombre si se tiene en cuenta que sosten3an un n3mero de creencias que resultaban, al menos, tan importantes como el bautismo de los adultos y, por lo tanto, el nombre que se les ha dado tiende a centrar la atenci3n sobre lo que es en realidad el resultado y no la raz3n fundamental de su desacuerdo con otros cristianos. Pero, en todo caso, han pasado a la Historia con ese nombre de anabaptistas y ese es les daremos aqu3 a fin de evitar confusiones.

El movimiento anabaptista pronto atrajo gran oposici3n, tanto por parte de los cat3licos como de los reformadores. Aunque esa oposici3n se expresaba com3nmente en t3rminos teol3gicos, el hecho es que los anabaptistas fueron perseguidos al ser considerados subversivos. A

La traducci3n del texto b3blico a la lengua del pueblo y su difusi3n produjeron transformaciones sociales inesperadas



pesar de todas sus reformas, Lutero y Zwinglio continuaron aceptando los términos fundamentales de la relación entre el cristianismo y la sociedad que se habían desarrollado a partir de Constantino. Ni el uno ni el otro interpretaban el Evangelio de tal modo que fuera un reto al orden social establecido. Y eso fue, aún sin buscarlo deliberadamente, lo que hicieron los anabaptistas. Su pacifismo extremo les resultaba intolerable a los encargados de mantener el orden social y político, particularmente en una época convulsa, ferozmente violenta y de gran incertidumbre como fue el siglo XVI.

Además, al insistir en el contraste entre la Iglesia y la sociedad terrenal, los anabaptistas estaban implicando que las estructuras de poder de esa sociedad no eran de origen divino y, menos aún, debían transferirse simétricamente a la Iglesia. Aún contra los propósitos iniciales de Lutero, el luteranismo se veía ahora sostenido por los príncipes que lo habían abrazado, quienes gozaban de gran autoridad, no solamente en asuntos políticos, sino también en los eclesiásticos. En la Zurich de Zwinglio, el Consejo de Gobierno era quien, a fin de cuentas, dictaba la política religiosa. Y lo mismo era cierto en los territorios católicos donde se conservaba la tradición medieval. Aunque esto no quería decir que Iglesia y Estado concordaran en todos los puntos, sí había al menos un cuerpo de presuposiciones comunes y era dentro de ese contexto que se producían –y dirimían– los conflictos entre autoridades civiles y eclesiales. Pero los anabaptistas echaban todo esto por tierra al insistir en una Iglesia de carácter voluntario, distinta de la sociedad civil. Además, muchos de los anabaptistas eran igualitaristas, defendían el derecho de conciencia a la libertad religiosa, en la mayoría de sus comunidades las mujeres tenían tantos derechos como los hombres y, al menos en teoría, los pobres y los ignorantes eran considerados tan importantes en la comunidad como los más ricos y sabios.

Todo esto resultaba ser altamente subversivo en la Europa del siglo XVI y por tanto, pronto se empezó a perseguir a los anabaptistas. En 1525, los cantones católicos de Suiza comenzaron a condenar a los anabaptistas a la pena capital. Al año siguiente, el Consejo de Gobierno de Zurich decretó también la pena de muerte para quien rebautizara o se hiciera rebautizar. A los pocos meses todos los demás territorios protestantes de Suiza siguieron el ejemplo de Zurich. En Alemania no existía una política uniforme, pues se aplicaban a los anabaptistas las viejas leyes contra los herejes y cada estado seguía el curso que le parecía. En 1528 el emperador Carlos V decretó la pena de

muerte para los anabaptistas en todo el Imperio apelando a una vieja ley romana creada en tiempos de Justiniano y Teodosio para extirpar el donatismo, según la cual quien se hiciera culpable de rebautizar o rebautizarse sería condenado a muerte. La **dieta de Spira de 1529**, la misma en que los príncipes luteranos protestaron y recibieron por ello el apelativo de “protestantes” aprobó el decreto imperial, que ponía bajo pena de muerte a los anabaptistas. Y esta vez, nadie protestó. El único príncipe alemán que, sin protestar formalmente, se negó, por razones de conciencia a aplicar el decreto en sus territorios fue el landgrave **Felipe de Hesse**.

En algunos lugares como en la **Sajonia** en que vivía Lutero, se acusó a los anabaptistas tanto de herejes como de sediciosos. Puesto que lo primero era un crimen religioso y lo segundo, un crimen civil, tanto las cortes eclesiásticas como las civiles tenían jurisdicción para castigar a quien se atreviera a repetir el bautismo y a quien se negara a presentar a sus hijos pequeños para que lo recibieran.

El número de mártires entre los dirigentes y miembros del movimiento anabaptista fue enorme, probablemente mayor que el de todos los que murieron durante los tres primeros siglos de la Historia de la Iglesia. Sus abundantes líderes de esta primera época (abundantes, entre otras cosas porque duraban poco), **Mantz, Blaurock, Hübmaier, Hut, Denk, Walpot, Sattler, Schiemer...** murieron prácticamente todos asesinados cuando no en la cárcel tras ser torturados a veces de formas tan sádicas y retorcidas que hoy nos costaría creerlo. Con cruel ironía, en algunos lugares se les condenaba a morir ahogados. Otras veces eran quemados vivos siguiendo una vieja costumbre ya establecida pero el modo en que se les aplicaba la pena de muerte variaba de lugar y hasta de caso en caso. Baste poner como ejemplo de este severo afán persecutorio el ocurrido en la católica Austria. Allí el archiduque Fernando llegó a crear un cuerpo especializado, los **Täuferjäger** o “cazadores de bautizadores” con la misión de recorrer el país espiando e investigando, cazando y dando muerte in situ a los anabaptistas como si se tratase de alimañas. Con todo, lejos de extinguirse el movimiento creció cada vez más.

Los anabaptistas revolucionarios

Pero no todo fue pacifismo y martirio en el seno de estos grupos. Hubo, ciertamente, sombras en su Historia. Aunque muchos de los primeros líderes del movimiento eran clérigos más o menos ilustrados e incluso eruditos y, casi todos ellos eran pacifistas, pronto aquella primera generación pereció víctima de la persecución. En unos pocos años murieron casi todos los primeros dirigentes del movimiento. Si **Konrad Grebel** escapó al martirio fue sencillamente porque murió víctima de la peste.

En esas circunstancias adversas pero de imparable expansión y difusión, el movimiento se dividió cada vez más en facciones surgiendo en él posiciones cada vez más extremistas. Se mezcló con el resentimiento popular que había dado origen a la rebelión de los campesinos de 1525 y, poco a poco, el pacifismo original fue arrumbado y el movimiento tomó un giro violento. Bajo la presión de la persecución ganaron posiciones las expectativas escatológicas, de corte milenarista, más delirantes y muchos se convencieron de que estaban viviendo en los últimos días de la Historia.

Aun antes de que surgiera el movimiento anabaptista, **Thomas Müntzer** había unido algunas de las doctrinas que ese movimiento después promulgaría con el ansia de justicia social de los campesinos. Ahora, muchos anabaptistas hicieron lo mismo. Entre ellos se contaba **Melchior Hoffmann**, un antiguo predicador laico luterano que había actuado en Dinamarca, pero que más tarde había rechazado las teorías de Lutero acerca de la comunión para hacerse seguidor de Zwinglio. En **Estrasburgo**, donde el anabaptismo era particularmente fuerte y donde había cierta medida de tolerancia, Hoffmann se hizo anabaptista rebautizándose y poco después empezó a anunciar que el día del señor estaba cercano.

En gran parte debido a su influencia, Estrasburgo vino a ser el centro de un movimiento anabaptista que se expandió a lo largo del valle del Rin. Su predicación, cada vez más apocalíptica, inflamó a las multitudes que acudían a Estrasburgo, donde, según él, se establecería la **Nueva Jerusalén**. El propio Hoffmann predijo que sería encarcelado por seis meses y que entonces vendría el fin. Además, abandonó el pacifismo inicial declarando que, al aproximarse el fin sería necesario que los hijos de Dios tomasen las armas contra los hijos de las tinieblas a fin de establecer su Reino y destruir a sus enemigos. Cuando fue encarcelado, y se cumplió así la primera parte de su supuesta profecía, el fanatismo de sus seguidores llegó a su punto culminante. Fueron muchos los que

acudieron a Estrasburgo en espera de alguna señal celestial para tomar las armas. Pero el hecho mismo de que cada día había más anabaptistas en la ciudad obligó a las asustadas autoridades a tomar medidas cada vez más represivas. Y Hoffmann continuaba encarcelado.

Entonces se propaló la voz de que, en realidad, la Nueva Jerusalén sería establecida no en Estrasburgo sino en **Munster**, la principal ciudad de **Westfalia**. Allí, el equilibrio entre católicos y protestantes era tal que existía una tregua tácita —y tensa— entre todos los partidos y, en consecuencia, no se perseguía a los anabaptistas. Hacia allá acudieron en masa los visionarios y multitudes desesperadas por la opresión social reinante: el Reino de Dios vendría pronto y lo haría en Munster; y entonces los pobres recibirían la tierra por heredad. Pronto el número de anabaptistas en Munster llegó a tal cantidad que tomaron prácticamente la ciudad y se hicieron con su control político tras largas y complejas maniobras en las que tampoco faltó el uso de la coacción y la fuerza. Sus jefes eran un panadero holandés de Haarlem, **Jan Matthys** y su principal discípulo **Jan Van Leyden**. Una de sus primeras medidas fue expulsar a todos los católicos de la ciudad. El obispo, expulsado de su sede, reunió un ejército y sitio la pretendida Nueva Jerusalén mientras dentro de la ciudad se insistía cada vez más en que todo se ajustara a la Biblia. Los protestantes moderados fueron también expulsados por impíos y la multitud se dedicó a la destrucción de libros, esculturas, pinturas y demás artefactos que recordaran el culto tradicional. Fuera de la ciudad, el obispo mataba a cuanto anabaptista caía en sus manos. Los defensores se exaltaban más cuanto más desesperada era su situación pues cada vez escaseaban más los víveres. A diario había quienes creían recibir visiones y revelaciones celestiales. El clima se había vuelto, en todos los sentidos, realmente apocalíptico. En una salida militar contra las tropas del obispo, Jan Mathys resultó muerto y Jan Van Leyden le sucedió haciéndose cargo de la situación.

Cada vez más, los “santos” de Munster se volvían hacia el Antiguo Testamento en busca de dirección. Debido a la guerra constante y al éxodo de muchos varones, la población femenina de la ciudad era muy superior en número a la masculina y Jan Van Leyden decretó la poligamia a al usanza patriarcal veterotestamentaria. Por ley, toda mujer de la ciudad tenía que estar casada con algún hombre. En **1536**, el sitio se prolongaba y, al mismo tiempo que se agotaban los víveres y el agua de los sitiados, se agotaban los fondos del obispo para mantener el sitio quien estaba a punto

de desistir de su empeño por reconquistar la ciudad. En una acción desesperada Jan Van Leyden salió con un puñado de hombres y derrotó en una escaramuza a las tropas episcopales. En celebración de aquella supuesta gran victoria fue coronado rey de la Nueva Jerusalén. Pero poco después un grupo de habitantes desertores Munster, quizá hastiados de los excesos que se cometían o impulsados por el hambre y el miedo, abrieron la puerta de la ciudad al obispo cuyas tropas aplastaron a los defensores del reducto y se

entregaron a cometer todo tipo de atrocidades en medio de una auténtica carnicería. El “rey” de la Nueva Jerusalén fue hecho prisionero y exhibido por toda la región, con sus dos principales lugartenientes en tres jaulas de hierro. Poco después serían torturados y ejecutados terminando así el principal brote de anabaptismo revolucionario. Melchior Hoffmann continuaría encarcelado y olvidado, al parecer, hasta su muerte.

El anabaptismo posterior

La caída de Munster puso fin al anabaptismo revolucionario. Pronto se comenzaron a escuchar las voces de quienes decían que la tragedia de Munster se debía la hecho de haber abandonado el pacifismo original que era parte irrenunciable de la verdadera fe. Al igual que los primeros anabaptistas, esta nueva generación de dirigentes reiteraba que quien de veras tiene fe practica radicalmente las enseñanzas y el amor de Jesús dejando las consecuencias de ello en manos de Dios.

El más notable portavoz de esta generación será **Menno Simons**, un antiguo sacerdote católico holandés que había abrazado el anabaptismo en 1536, es decir, el mismo año en que Jan Van Leyden fue ejecutado junto con sus compañeros. Simons se unió a un grupo de anabaptistas holandeses cuyo líder era **Obbe Philips** pero pronto descollaría entre ellos de tal manera que el grupo sería conocido con el nombre de menonitas. Para Simons el pacifismo pertenecía a la esencia misma del cristianismo. En sus Bases de la Doctrina cristiana, una obra cuyo tono y propósito son muy semejantes a los de los primeros apologistas cristianos y que llegó a ser su libro más conocido desmarcó definitivamente al movimiento de la pesadilla de Munster:

“En vista de que Satán mismo se puede transformar en ángel de luz y sembrar cizaña entre el trigo del Señor, tal como la espada, al poligamia, un reino y rey externos y otros errores semejantes por razón de los cuales los inocentes tienen que sufrir mucho, nos vemos obligados a publicar esta nuestra fe y doctrina”

Con Menno Simmons, fortalecería y purificaría el movimiento adoptando ya la no violencia como una señal de identidad perpetua. Aunque los menonitas sufrieron las mismas represiones de que eran objeto los demás anabaptistas, Simons logró

sobrevivir y pasó el resto de su vida viajando por Holanda y el norte de Alemania predicando y expandiendo su fe en cuyas doctrinas algunos creían ver desviaciones particulares sobre la fe de los primeros concilios (especialmente respecto a la encarnación y la Trinidad). Los cristianos, según creía no han de prestar juramento de fidelidad alguno y por tanto no han de ocupar cargos públicos que requieran tales juramentos pero sí han de obedecer a las autoridades civiles en todo, excepto en aquello que, por motivos de conciencia, consideren en conflicto con las Escrituras. El bautismo que Menno practicaba sólo debía serle administrado a adultos que confesaran su fe. Ni ese rito ni la comunión tienen carácter sacramental ni confieren gracia alguna sino que son señales externas de lo que sucede en el interior del cristiano en su relación con Dios. Además, siguiendo el ejemplo de Jesús, Menno y los suyos practicaban el rito del lavado de los pies. Por otro lado, Simons agudizó el rigorismo disciplinario de sus comunidades con el uso –y abuso– de la exclusión de la comunidad como forma de mantener la pureza de las congregaciones.

Aunque se abstenían de participar activamente en cualquier acto de subversión, los menonitas seguían siendo considerados subversivos por muchos gobiernos, pues se negaban a participar de la vida común de la sociedad, particularmente en lo que a portar y usar armas se refería. Esto, a su vez, los hizo esparcirse de modo semiclandestino por toda Europa, muchos hacia **Europa Oriental** y especialmente hacia **Rusia**. Otros, incluyendo algunas ramas más marginales y supervivientes del anabaptismo como los seguidores de **Hut – hutteritas-**, marcharon hacia las colonias inglesas en **Norteamérica** donde la tolerancia religiosa parecía prometerles poder vivir en paz. Pero también en Rusia y Norteamérica tuvieron dificultades pues en ambos casos el estado quería que se ajustaran a sus leyes sujetándose al servicio

militar obligatorio. Por esa causa, en los siglos XIX y XX fuertes contingentes emigrarían hacia **Sudamérica** –especialmente a **Paraguay** y **Argentina**- donde podían vivir en un relativo aislamiento del resto de la sociedad.

Así, aún reducidos a comunidades minoritarias, lejos de disolverse en la Historia, permanecieron como grupos definidos hasta hoy (menonitas, hutteritas, amish...) aunque sólo en el siglo XX volvieron a asomar cabeza para salir de su aislamiento, un aislamiento que a veces les convirtió en pintorescos anacronismos (cf. la película *Único testigo*). Instalados, pues, principalmente en Norte y Sud América, hasta el

día de hoy, los menonitas siguen siendo la principal rama del viejo movimiento anabaptista del siglo XVI y continúan insistiendo en su pacifismo y dedicándose frecuentemente a actividades de servicio social siendo muy reputados como especialistas en trabajos de reconciliación y mediación en conflictos. De hecho, varios comités menonitas han trabajado y trabajan hoy como consultores para la **ONU** en resolución y negociación en zonas conflictivas del planeta en **Oriente Medio, Albania, Kosovo, África Oriental, Irlanda...** y un largo etcétera.

Los menonitas organizan frecuentes cursos de mediación para solventar conflictos político-sociales



Algunas doctrinas anabaptistas

Ignorados, silenciados, perseguidos y calumniados, aún así, pasados casi cinco siglos del inicio de su visión reformadora me atrevo a decir que, de hecho, sus ideas fueron, a la larga, de las que más influyeron en la eclesiología (es decir, la forma de entender qué es la iglesia) evangélica predominante tal como la conocemos y aceptamos hoy. Ellos fueron los primeros que ya en 1526 pregonaban que las comunidades locales a imagen de las del N.T. deben ser unas comunidades realmente igualitarias, fraternas y, lo más capital de todo, voluntarias, compuestas por individuos que han aceptado seguir a Jesús y han entendido profundamente lo que esto significa.

Pero algo que nos parece tan natural hoy, postular esa idea de iglesia libre y de libertad de conciencia religiosa, era un bombazo que iba peligrosamente en contra del orden religioso y socio-político establecido. Por si eso fuera poco los ideales de fraternidad y solidaridad que les inspiraron a compartir todo lo que tenían produjeron en algunos casos comunidades de bienes que suponían un reto no violento pero sí muy peligroso para el injusto sistema social y económico imperante que se suponía fundamentado en una intocable voluntad divina.

Aunque ya habían empezado a existir un poco antes, el documento más antiguo que tenemos de sus creencias es la **Confesión de Fe de Schleithem**, adoptada en una reunión clandestina celebrada en el cantón de Schaffhausen (Suiza) el 24 de febrero de 1527. (sólo 10 años después de Lutero). Externamente perseguidos e internamente desunidos y desorganizados que pudieran llegar a este acuerdo por unanimidad es casi un milagro, una prodigiosa lección de consenso que se expresa en los encabezamientos de cada artículo (“*Que en cuanto a nosotros atañe hemos sido conducidos a la unidad en estos puntos...*”). El redactor de la carta de presentación y del primer borrador fue **Michael Sattler** que murió quemado sólo tres meses después. En ella no hacen una confesión de fe completa sino de aquellos puntos que les distinguen de otras iglesias reformadas. Si nos fijamos bien, veremos que casi todos estos puntos son perfectamente asumibles por la mayoría de las Iglesias evangélicas de hoy :

*El Bautismo tiene sentido cuando lo reciben adultos voluntarios y conscientes que, tras convertirse y arrepentirse de su vida sin Dios y de su pecado, no sólo quieren salvarse sino que saben y entienden a qué se comprometen. Uno no nace en la Iglesia dejando sólo de pertenecer a ella si es

excomulgado. La decisión de formar parte de la Iglesia es, indefectiblemente, una decisión personal.

*La Santa Cena no es un sacramento ni un mero símbolo sino un profundo acto de solidaridad y memoria de y con Jesús y los suyos y que sólo tiene sentido para quienes quieran asumir el compromiso del seguimiento de Jesús viviendo su estilo de vida y aceptando ser no meros creyentes sino sus discípulos. Tomarla es querer renovar con Él esa alianza.

*Congregacionalismo radical

*La Iglesia debe ser libre en dos sentidos: 1) Participación voluntaria (y por tanto libertad religiosa) y 2) Independencia total –y real– del Estado.

*Elección de los pastores sólo por la comunidad local y no por agencia exterior alguna y compromiso de su sostenimiento. Ministerios carismáticos y locales.

*Renuncia a todo tipo de violencia o represalia contra los malos o los enemigos. Opción por una vida al servicio de la reconciliación entre los hombres y los pueblos

Los anabaptistas o reformados radicales influyeron en los reformados y en los luteranos, están en el origen de las misiones de los hermanos moravos, en la conversión de Wesley y por tanto del nacimiento del metodismo, e impregnaron con su espiritualidad y manera de entender la Iglesia a muchos movimientos que tiempo después nacerán, en mayor o menor medida, bajo su influencia: desde el pietismo inglés y alemán, pasando por los bautistas (que nacerían un siglo después en Inglaterra) y, mucho después, los pentecostales.

El redescubrimiento del Jesús no-violento: una gran aportación anabaptista

Aunque eran apasionados lectores y estudiosos de la Biblia (son los creadores del concepto de comunidad hermenéutica bajo el poder del Espíritu) para ellos la fuente última de la ética y la conducta no estaba exactamente en la Biblia, en sentido amplio, sino en la persona de Jesús de Nazaret, cuyo espíritu debía mediatizar y ser el criterio último de toda lectura bíblica. Ese énfasis unido a la experiencia de persecución y represión que habían sufrido y experimentado les llevarían a fomentar una línea de praxis por la que son hoy más conocidos: el redescubrimiento del Jesús de la no-violencia. Esta opción suya, no exclusiva pero sí

muy característica, ha calado cada vez más en el pensamiento cristiano. Y en este punto y en su relevancia quisiera detenerme, especialmente ahora.

Se suele decir que los protagonistas de los hechos que rodearon la Reforma eran hijos de su tiempo. Pero eso no basta para justificar, ni siquiera explicar satisfactoriamente los odios enconados con que se dirimieron las diferencias teológicas ni la vorágine social violenta que rodeó aquellos días y que les implicó. En medio de esas circunstancias no deja de ser sorprendente que surgiera un movimiento contrario al uso de la violencia con ideas tan tajantes al respecto. Al fin y al cabo, motivos para recurrir a la violencia no faltaban en la Europa Central del XVI ¿de dónde sacan entonces los anabaptistas ideas tan claras como para jugarse la vida a favor de la objeción de conciencia contra las guerras, contra la pena capital y contra toda suerte de violencias supuesta, y hasta divinamente, justificadas? Ellos dirán que del mismo sitio donde ya habían recogido ideas similares los valdenses en el siglo XII o Francisco de Asís en el XIII. Nada más y nada menos que del Evangelio de Jesús de Nazaret. No en vano, en el **siglo XIV, Piotr Chelcicky**, líder del movimiento de los Hermanos Checos había escrito: ***“Nadie debe dejar el camino de Cristo para seguir al Emperador con su espada. Porque el camino del César no ha cambiado sencillamente porque se haya hecho cristiano”***

“Tradicionalmente, ayer y hoy, la postura inicial de todo cristiano es la de rechazar la violencia. También es cierto que muchos entienden que hay situaciones en las que es razonable abandonar esta postura no violenta que nos es natural como cristianos. Sin embargo, incluso para ellos, la violencia justificable no sería más que un mal menor, una excepción momentánea que, en cierto sentido, no haría más que confirmar la regla. Esta postura no violenta cristiana que todos compartimos al menos como punto de partida está basada inequívocamente en la persona y el Evangelio de Jesucristo”. (Ref Byler, Dennis. Jesús y la no violencia, pag. 38.)

Siguiendo esa línea ya establecida, los anabaptistas postularon más allá de eso, un pacifismo **“de principios”** que consideraban directamente inspirado en la enseñanza y ejemplo de Jesús quien rechazó defenderse a sí mismo contra sus enemigos y prefirió que la violencia se ejerciese

contra él a que se dirigiera contra otros. Al final, Jesús venció a sus enemigos, nosotros incluidos, sacrificando su propia vida según la obediencia al deseo de su Padre. Jesús enseñó, de hecho, a sus seguidores que amaran a sus enemigos y a devolver bien por mal poniendo la otra mejilla y renunciando, pues al propio honor, si fuese necesario y, esa actitud que le llevó a la cruz es una parte tan esencial de su vida y mensaje que se convierte en algo insoslayable. La muerte de Cristo constituye un modelo para la manera en que los cristianos actúan ante los enemigos, los poderes malignos y las tentaciones. Los problemas cruciales que están en el origen de la violencia: la idolatría y la injusticia económica, el ansia de poder y dominio sobre otros... reciben en el Calvario la respuesta de Dios: la entrega de uno mismo, el camino del siervo, el amor al enemigo

Ellos entendieron que esa actitud no violenta no era un pacifismo pasivo y poco realista sino que llamaba a los cristianos a ser infatigables en la responsabilidad de trabajar en pro de la paz. Sabemos que no habrá paz completa hasta que no venga el Príncipe de Paz pero eso no nos libera de ser hoy ministros de una reconciliación integral (cf. Pablo en **2ª Co 5:18**). Así lo dice el mensaje del **Sermón del Monte** que no es un código legislativo ni un catálogo de preceptos ideales sino una proclamación gozos de la novedad que irrumpe en el mundo con la llegada del Reino de Dios. En él se está hablando muy en serio y lo que se dice no es negociable ni “rebajable” porque se está mostrando un talante, un espíritu distinto al del mundo. Así lo entendieron los primeros cristianos y así lo practicaron. De hecho, hasta los años **170-180** no existe confirmación directa de participación de cristianos en el servicio de armas del Imperio. Y, hasta Constantino, no encontramos ni un solo autor cristiano que apruebe la participación de los creyentes en las acciones bélicas. Antes del ideal imperial del “caballero cristiano” estuvo el modelo del mártir ya que se consideraba que el sufrimiento del cristiano perseguido le hacía semejante a Cristo y era el mejor testimonio ante la comunidad y ante el mundo. Sólo bastante después se empezarán a elaborar las cuestiones doctrinales en torno a la guerra justa.

Aquellos hombres y mujeres entendían que, más allá de todo pragmatismo, no resistir al que hace el mal no era un mero distintivo denominacional ni una doctrina opcional convertible en una vocación elitista o minoritaria pero inaplicable a la Iglesia

cristiana como tal. Ellos entendieron que a la luz del significado y las implicaciones de la obra de Cristo los cristianos debían de ser no sólo pacíficos sino pacificadores que proclaman el Evangelio como sello de autenticidad a la paz que persiguen. Y evangelizar significaba, llegado el caso, convertirse en mártir, en el sentido neotestamentario del término, ser un testigo fiel, a al imagen de quien fue pionero: Jesucristo, el testigo Fiel por excelencia.

Se mire como se mire, **“la actitud fundamental y constante de Jesús, tanto teórica como práctica, es profundamente pacífica y opuesta a toda venganza. La no violencia es un dato cristológico esencial y no un tema secundario. Habrá que interpretarlo adecuadamente y la polémica continuará pero no puede ser olvidado ni marginado como si fuese un elemento poco importante”** (Ref Segura Etxezarraga, Joseba. En Marciano Vidal (Dir.) “Conceptos fundamentales de Ética Teológica”, pag. 809.)

Jean-Marie Muller, sacerdote francés, cuyas palabras suscribo de arriba abajo, pone bien de relieve la actualidad y relevancia de este pensamiento y de quienes lo abanderaron, cuando afirma : **“Después de que la Iglesia hubo reconocido la legitimidad de la violencia, sólo algunas comunidades religiosas más radicales, separadas de las grandes confesiones, mantuvieron a través de los siglos la tradición no-violenta del cristianismo primitivo. Se puede decir que los cristianos pertenecientes a estas sectas estaban tanto más interesados en resaltar la contradicción entre la conducta de la Iglesia oficial y la no-violencia evangélica en cuanto ellos mismos eran víctimas de esta contradicción. Pero se puede decir también que, en una cierta medida, es esta contradicción la que explica la existencia de estas sectas. Hasta ahora las grandes iglesias no han sabido más que lanzar anatemas y, a menudo, desprecio, sobre estas comunidades que nos reprochaban a todos con su práctica, el haber faltado al Evangelio. Pero será necesario, un día, que nuestro ecumenismo nos lleve también hacia estas comunidades separadas de nosotros para que se establezca entre ellos y nosotros un diálogo fraterno y leal. Sea cual sea la estrechez de algunas de sus concepciones teológicas e incluso el sectarismo de algunas de sus formas**

eclesiales,, no pueden haber testimoniado en vano, a lo largo de los siglos, lo absoluto del precepto divino de la no-violencia hasta en las más terribles persecuciones” .

(Ref. Muller, J.M. El Evangelio de la no violencia, pp. 109-110.)



Actualidad del mensaje y la praxis de la no-violencia anabaptista

El olvido del precepto evangélico de no contender por la fe con la violencia, tendría consecuencias trágicas para la iglesia cristiana cuando, ya en el siglo XVII, en Europa se llegó a la conclusión de que el cristianismo no sólo no era garante de la paz de los pueblos sino que, debido al odio que suscitaban sus disputas teológicas y políticas, su principal enemigo. Tras la última gran carnicería religiosa que supuso la **Guerra de los Treinta Años**, una desangrada Europa intentó buscar las bases de la convivencia civil e internacional fuera de la Religión que quedó cada vez más restringida al ámbito privado. En **1648**, la **Paz de Westfalia**, marcará el inicio de un escepticismo secularista que, muy justificadamente, presidirá cada vez más la relación entre las iglesias y la sociedad civil y contribuirá a abrir el abismo que supondrá una Modernidad ante la cual la iglesia había perdido toda su autoridad moral debido, entre otras cosas, a su sangrienta historia.

Hoy, cuando acabamos de pasar el siglo más cruel y violento de toda la Historia de la Humanidad, hace falta recuperar la claridad espiritual que mostraron aquellos cristianos del pasado. Hace falta declarar otra vez, de modo inequívoco, que la destrucción de la vida humana nunca se justifica. Y que quienquiera que mantenga lo contrario, sencillamente, no ha entendido el Evangelio. No podemos aceptar que la violencia se nos presente, como aún se quiere hacer, poco menos que como inevitable o, llegado el caso (ejemplo reciente tenemos) como una exigencia de la fe, como una salvaguarda de valores humanos y cristianos a defender, llámense libertad o civilización.

Actualmente, casi todo el mundo evangélico reivindica a **Martín Luther King Jr.**, uno de los pocos, grandes y verdaderos profetas cristianos del siglo XX. Pastor, bautista, negro y no-violento. Vivió como profeta y murió como profeta. El mártir cristiano, por antonomasia de la no-violencia, asesinado por defender los derechos de los negros norteamericanos discriminados y oprimidos por los prejuicios raciales. Pero al reivindicarlo solemos tener la memoria muy corta. Sus iglesias eran objeto de atentados con bomba mientras muchos pastores le criticaban por su inconformismo y su radicalidad y algunos incluso defendían la segregación con los textos de la Biblia en la mano. Qué mejor mensaje para vivir en nuestro violento País Vasco grabarnos a fuego esas palabras suyas: **“La violencia no conduce nunca a la verdadera paz. No resuelve ningún problema social: lo único que consigue es**

crear otros aún más complejos. La violencia (...) es una espiral que acaba destruyéndonos a todos. La violencia es inmoral porque sólo alimenta el odio, no el amor (...) El amor, incluso para con nuestros enemigos es la clave para resolver los problemas de nuestro mundo. Lejos de ser la piadosa exhortación de un soñador utópico, el mandamiento del amor a nuestros enemigos es una necesidad absoluta si queremos sobrevivir (...) Estoy convencido de que si sucumbimos a la tentación de usar la violencia en nuestra lucha por la libertad, las generaciones venideras están destinadas a soportar una larga y desolada noche de amargura (...) una voz, que suena en el pasillo del tiempo dice a Pedro, impaciente, : Mete la espada en la vaina. La Historia está llena de las ruinas de naciones que no supieron seguir el mandato de Cristo” . (Ref. King, M.L. “La fuerza de amar”. Citado por Buch Camí, E. en Martín Luther King.)

Pero el amor cristiano y su secuela, la no-violencia no puede operar en el vacío. Desde los comienzos de su trato con Israel, Dios ha deseado la creación de un pueblo de paz. Él quiere que formemos un conjunto de personas que viven juntos la profunda paz de Dios con todas sus múltiples consecuencias prácticas y concretas. El mero pacifismo no ofrece una alternativa práctica a nuestra sociedad. Como mucho, ofrece una crítica, más o menos constructiva, a los fundamentos violentos de la sociedad sin por eso lograr cambiarlos. Muy a pesar de la presencia, cada vez mayor, de pacifistas en la sociedad, no parece que ésta vaya a dejar de ser violenta. Nos vemos constreñidos entre el ideal y la realidad que le contradice y, para nosotros, hoy, por buenas que sean nuestras intenciones, este problema es insoluble mientras no nos lancemos a la tarea que en realidad nos corresponde como iglesia en medio de un contexto violento. No la tarea de concienciar acerca del mal de la violencia. Que la violencia es mala, salvo algún descerebrado o algún psicópata amoral, ya lo sabe todo el mundo. Es la tarea de la Iglesia contribuir a un modelo de sociedad íntegro que incorpore en su filosofía nuclear la paz global que a Dios le interesa. **“Si no hacemos más que rechazar la violencia mientras en nuestras propias mentes y costumbres, en nuestras propias iglesias, dejamos arraigados supuestos familiares, sociales, económicos, religiosos y políticos basados en el poder y el dominio, y que compartimos con el resto de la sociedad**

violenta en la que vivimos, nuestros esfuerzos por luchar contra la violencia están condenados al fracaso". (Ref. Byler, Dennis. Jesús y la no violencia, pag. 88.)

Padecemos en nuestra sociedad contemporánea, muchas formas de violencia que erradicar: violencia terrorista, violencia económica, violencia política, violencia doméstica, violencia psicológica, violencia religiosa, que amenazan la dignidad de la persona humana. Debemos mostrar que estamos preocupados realmente por la situación de violencia que está marcando fuertemente desde hace más de 100 años la Historia de este pueblo. Hay conflictos en nuestra tierra y, hasta en nuestras iglesias. Debemos asumir estos conflictos, entenderlos y tratar de superarlos. Porque si la Iglesia no es parte de la solución, es, inevitablemente, parte del problema. Se supone que somos nosotros quienes con más ahínco y convicción predicamos y creemos que es el amor y no la violencia ni el odio los que tienen la palabra definitiva en la Historia.

Frente a esas oleadas de **neoespiritualismo** que amenazan con colonizarnos y que creen legítimo aislar al cristianismo en una campana aséptica y virtual donde todo se mueve de gloria en gloria, hay que reivindicar la cruz. Hay que dejar claro que el Evangelio no consiste solamente en un hecho objetivo que debe ser creído, y luego repetido una y mil veces, y cantado y declarado, y proclamado (palabras, palabras, palabras...), sino un estilo de vida, de seguimiento, que debe ser asumido y cuyo precio debe ser aceptado. Hay que decir claro que dar un auténtico testimonio del Evangelio de Jesucristo implica también asumir el papel de la víctima para beneficio, incluso, de quienes hacen el mal. Ser emisarios del Dios que se revela a sí mismo de forma suprema en Jesús significa también poner la vida en beneficio del enemigo, en medio de un mundo caracterizado por

el egocentrismo, la idolatría, al violencia y la intolerancia. En última instancia, ser auténtico testigo de Jesucristo significaría amar de la misma manera en que Dios nos ha amado.

El valor de este mensaje de no violencia será real si es infatigablemente activo en el sentido de que cuestiona, se opone y lucha contra la violencia estructural que nos rodea si no actúa sólo como una postura personal-profética sino como un movimiento social histórico y si se traduce en un programa serio de estrategias y tácticas encaminadas a vencer, con medios pacíficos, las violencias injustas. Ese es el reto que tenemos por delante y aún pendiente aquí. Tenemos el deber y el privilegio de dirigirnos a la gama total de la violencia que está profundamente arraigada en nuestra sociedad para ofrecer, como iglesia y comunidad cristiana una alternativa práctica, visible, atractiva y real. Más allá de hablar, más allá de orar, más allá de denunciar, el valor profético de esta iglesia estará en el hacer. ¿Qué recursos humanos, económicos y espirituales destinamos a este fin?

Cuando hoy nos preguntemos sobre qué hacer no estaría de más como primera sugerencia que buceásemos en la herencia de estos hermanos, a los que su historia, su fidelidad radical al Evangelio y su peculiar visión han convertido en depósito inestimable de ingentes cantidades de reflexión y de praxis que están ahí para que usemos de ella. Es el mejor homenaje que podemos hacerles y enriquecerá nuestras posibilidades de acción por la paz en medio de este pueblo tan necesitado de ella, hasta límites que hoy ni sospechamos

Manos abiertas en vez de puños cerrados. Hace falta mucho coraje para hacer eso.



Concluyendo

“...Otros experimentaron vituperios y azotes, y, a más de eso, prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra...”(Heb 11: 36-38)

El autor de este pasaje de la Carta a los Hebreos habla aquí de los héroes de la fe del Antiguo Testamento. Nosotros, cristianos del siglo XXI, cada vez que leemos esto nos sentimos invitados a evocar a todos los mártires de la iglesia de todos los tiempos. Y también, cómo no, a los mártires de una de las épocas con más luces y más sombras de la Historia de la Iglesia y de la Humanidad, las fechas cuyo aniversario celebramos hoy: el siglo XVI, la Era de la Reforma y la Contrarreforma. Nos sentimos invitados a recordar a aquellos que fueron asesinados y perseguidos con saña por sus supuestos hermanos cristianos, a todos. Y, de entre todos ellos, a los mártires por excelencia de la Reforma, los únicos que en una época en que todos luchaban contra todos se negaron a devolver mal por mal y renunciaron al uso de la violencia aunque la recibieron con creces.

Como estremecedor testimonio de lo que vivieron y, en sintonía con el texto leído, selecciono aquí algunas estrofas del himno **“Cuan preciosa es la muerte de los santos”** compuesto por **Leonhard Schiemer**. Basado en el Salmo 116:15 fue compuesto en 1524 y formó parte de un Himnario aparecido en Estrasburgo en 1526. Schiemer fue un franciscano austriaco convertido al anabaptismo bajo la prédica de Hans Hut y que, rápidamente, se convirtió en eficaz misionero. Fue arrestado en noviembre de 1527 y decapitado en enero de 1528.

“Te rogamos Eterno Dios, que nos prestes oídos; de los Ejércitos, Santo Señor, Tetrarca de las legiones, escucha nuestra queja:
El infortunio y la plaga se han enseñoreado.
El behemot y su turba en tu heredad han penetrado”

“Tu santa ciudad han demolido, tu altar han socavado,
han muerto a tus siervos también, cuando los han sorprendido
Sólo nosotros, tus pequeñas huestes, hemos sobrevivido apenas
Con vergüenza e ignominia hemos sido perseguidos

Y ahuyentados de todo el país”

“Estamos dispersados cual ovejas que carecen de pastor
abandonados nuestros hogares y campos somos como el cuervo
que suele buscar refugio en las grietas de las rocas
Los riscos y las grietas nuestra morada son
Se nos da caza como a las aves del cielo”

“Furtivos nos movemos por los bosques. Con perros nos buscan,
nos llevan como a corderitos, mudos, prisioneros y amarrados
Nos exhiben ante el mundo entero
Como a agitadores. Se nos trata como a las ovejas del matadero
Como a herejes y seductores”.

“Muchos han visto decaer su cuerpo amarrado por estrechas ligaduras
algunos, sin la menor culpa, padecieron la muerte en el martirio.
Esta es la resignación de los santos de la tierra.
En las tribulaciones hemos de ser probados.
De los árboles se nos ha colgado, se nos ahorca o se nos mata a golpes”

“En secreto o en público, muchas casadas y doncellas
han sido ahogadas. Todos ellos rindieron libremente sin el menor temor, de la verdad testimonio;
de que Jesucristo es la verdad, el camino y la vida también.”

“¡Qué preciosa es la muerte de los santos a tus ojos!
Por eso, en la desgracia
Nos da consuelo la confianza en Ti, sólo en Ti
Por lo demás, no hay consuelo, paz ni sosiego en esta tierra
Quien confía en Ti, nunca jamás será defraudado”

Hoy, la influencia de aquellos cristianos valientes y sencillos impregna mucha de nuestra Teología y mucha de nuestra comprensión de la iglesia. Su recuerdo, para no ser estéril, debe hacernos recordar también a la iglesia perseguida de hoy y debe hacernos recordar, hasta que nos duela, nuestra misión reconciliadora aquí, en esta Euskadi violenta y desdichada.

Leyendo este texto no es fácil dejar de pensar una y otra vez en esa frase de la Escritura que hace de colofón al relato: **El mundo no era digno de ellos**. Y me pregunto si nosotros hoy podemos hacer algo por serlo.

Por supuesto que sí: Podemos recordarlos, reivindicarlos, valorarlos, ser imitadores de ellos en tanto que ellos lo fueron de Cristo y de su Evangelio y gozarnos en que podamos llamarnos hermanos suyos y confiar en que la misericordia de Dios haya perdonado tanta incomprensión, tanta ceguera, tanto crimen y tanta sangre inocente derramada. Y confiar en que esa misericordia divina, a pesar de nuestros nulos merecimientos siga brindando a la iglesia, una nueva oportunidad sobre la tierra –otra más- para, esta vez, caminar definitivamente en Su voluntad.

Soli Deo Gloria

Notas



1. Buch Camí, Emmanuel. Martín Luther King. Madrid, 1998, ACC
2. Byler, Dennis. Jesús y la no violencia. El ejemplo del Cordero. Terrassa, 1993, CLIE.
3. Los anabaptistas del siglo XVI y los españoles del siglo XX. Notas de conferencia. Zaragoza, 10-IX-1994. Sin publicar.
4. Antiguas confesiones de fe menonitas: Schleithem (1527) y Dordrecht (1632). Notas preparadas por el compilador. Burgos, 1995, Sin publicar
5. González, Justo L. Historia del cristianismo. Vol. II. Miami, 1994, Unilit
6. Historia del pensamiento cristiano, tomo III. Nashville, Tn, 1992, Caribe
7. Martínez, Juan F. Historia y Teología de la Reforma Radical: un desafío actual. Ciudad de Guatemala, 1993, Semilla / CLARA.
8. Pérez-Esquivel, A.. Lucha no violenta por la paz. Bilbao, 1983, Desclée de Brouwer.
9. Muller, Jean M. El Evangelio de la no violencia. Barcelona, 1973, Fontanella/ Marova.
10. VV. AA. (Vitoria, F.J.; Bilbao, G.; Perea, J....). Violencia, Evangelio y reconciliación en el País Vasco. Bilbao, 1999, Desclée de Brouwer.
11. Williams, George Huntston. La Reforma Radical. México D.F., 1983, Fondo de Cultura Económica.
12. Yoder, John (Ed.). Textos escogidos de la Reforma Radical.

En nuestro próximo
número...



Eirene

**El Nuevo Testamento
de Juan de Lizarraga
(1506-1601)**

Un “gigante solitario” de la
literatura vasca

Con Pau Grau